

## El Pastor

20 de Abril de 2417

El templo estaba lleno a reventar.

Como templo, no valía gran cosa. Se trataba simplemente de una amplia explanada en la superficie de Futura, con una capa de cemento en el suelo para cubrir la tierra naranja y una inmensa carpa que protegía de las inclemencias del tiempo. Bajo ella se daban cita cada Jueves por la tarde unas cuatro mil personas, que previamente tenían que pasar por una lista de espera de unos seis meses, para ver al Pastor Kevin Leonard dar su sermón semanal. Los muchos que no podían acudir tenían que conformarse con verlo retransmitido en las pantallas holográficas que poblaban la ciudad.

Leonard estaba en el escenario de madera que había en uno de los extremos del templo, ataviado con una sencilla túnica blanca y franqueado por dos inmensos altavoces y las cuatro cámaras que retransmitían para los hologramas enfocándole constantemente desde diferentes puntos a su alrededor. Se movía con energía por el escenario, gesticulando y marcando sus palabras con ademanes firmes, sintiendo en todo momento la emoción colectiva. El Pastor sabía perfectamente cuándo su congregación se aburría, cuándo se emocionaba, cuándo se sentía jubilosa y cuándo se sentía intimidada. Él provocaba aquellas emociones. Él manejaba el ánimo de miles de personas a la vez a su antojo, y él les daba la esperanza que necesitaban. Y aquella tarde, como todos los Jueves, con ocho mil ojos clavados en su rostro enjuto enmarcado por una melena negra peinada hacia atrás, él se sentía a la vez increíblemente poderoso y tremendamente humilde.

- Aún quedan algunos cristianos en Futura, ¿lo sabíais? - decía - ¡¡Menuda ocurrencia!! - se oyeron algunos gritos apagados entre la multitud – Ellos nos hablan de un dios – dijo, con tono burlón – Un ser superior, todopoderoso, misericordioso, que nos ama y tiene un plan.

Algunos de sus oyentes rieron.

- ¡¡No le veo la gracia!! - dijo él, abandonando el tono de burla – Mirad a vuestro alrededor. Mirad a la humanidad, y mirad esta ciudad. Mirad ese maravilloso plan, miradlo mientras vuestras cortas vidas se apagan. Sed testigos de lo que ese dios misericordioso os ofrece a cambio de vuestras plegarias y humillaciones.

Dejó que el silencio hiciera su trabajo, contando hasta ocho mentalmente.

- Si queréis promesas vacías de amor y felicidad eternos, ¡id! Id a la pequeña iglesia que han abierto en el segundo sótano, y humillaos de rodillas ante la figura de un dios que nos está exterminando. Yo no os pediré que os degradéis, ¡al contrario! Os pediré que os hagáis fuertes, cada vez más fuertes. Porque estamos en guerra, ¡y no la ganaremos amando a nuestro enemigo!

Surgieron algunos vítores de entre su enorme audiencia, la clase de gritos de apoyo que le animaban a seguir hablando y se convertirían en una inmensa ovación cuando él terminara.

- Yo no os pido fe, no. Os pido que examinéis los hechos. El Apóstata profetizó la catástrofe de Japón, y especificó que las aguas se lo tragarían. Puso fecha a la Tercera Guerra Mundial. Le tacharon de loco cuando habló de la invasión alienígena y la caída de la Alianza Internacional frente a los Extraños. Se le conocen cinco profecías, y las cuatro primeras ya se han cumplido. ¿Qué probabilidades hay? Yo os pregunto, ¿puede la quinta no cumplirse? ¿Hay alguna razón para pensar que Drake no existe, tras cuatro profecías cumplidas?

Dejó pasar de nuevo unos segundos. Los gritos de apoyo se sucedieron de nuevo, pero la multitud permanecía expectante, esperando las frases clave de la quinta profecía del Apóstata. Querían oírla de nuevo. Siempre lo querían.

- “Cuando haga mucho tiempo de la cuarta señal, cuando vuestro enemigo pise vuestras casas y todo parezca perdido, aparecerá un hombre. Y lo llamarán Drake, porque destacará tanto entre sus semejantes que bien pudiera ser hijo de los dragones” - recitó Leonard - “Y le reconocerán porque tendrá el honor a su derecha, la venganza a su izquierda y, en sus manos, la esperanza. Y, bajo su mando, los que tanto tiempo le esperaron reconquistarán el reino de los hombres.”

Hubo unos segundos de silencio tenso antes de que la congregación estallara en una inmensa ovación. Kevin Leonard extendió los brazos hacia delante, ofreciendo los vítores a los propios fieles. La quinta profecía era mucho más que unas cuantas frases para la población de Futura; era la última esperanza sólida de la humanidad. Incontables personas habían muerto en el último siglo, presa de las armas de los Extraños, con una sonrisa en los labios, sabiéndose vencedores, sabiendo que la victoria llegaría tan pronto su elegido apareciera, el honor a la derecha, la venganza a la izquierda, la esperanza entre sus manos. Drake era más que una posibilidad, era una posibilidad que

la desesperación convertía en certeza, y ésta en esperanza. La Tropa del Dragón era el ejército de Drake, más de treinta mil hombres y mujeres que, según la profecía instruía, le estaban esperando. Entrenaban día y noche, preparándose para la llegada anunciada por el Apóstata, pero sin intervenir en la guerra. Sin embargo, la leyenda de Drake llegaba más allá de la Tropa, más allá del alcance de las palabras de Leonard. La inmensa mayoría de habitantes de Futura, desde los artilleros más efectivos de la Atalaya hasta el niño más mugriento y desesperado del tercer sótano, podían dudar de la ciencia, del ejército de Noah Procter o de las medidas del Presidente, pero conservaban en lo más profundo de sus corazones el secreto deseo de que la profecía se cumpliera, de que Drake llegara algún día y condujera a la humanidad a la salvación.

La firme convicción del Pastor y su seductor discurso eran un poderoso revulsivo de este sentimiento, y por eso la Tropa del Dragón no dejaba de crecer. Leonard tenía inmediatamente por debajo en la jerarquía de la Tropa una docena de soldados, que a su vez tenían a una docena cada uno, que se encargaban de las pruebas de selección. Para ser parte de la Tropa, un ciudadano debía poder demostrar que estaba entregado a su labor de prepararse para la llegada de Drake. Que entrenaba cuerpo y mente un mínimo de dos horas diarias de una forma u otra, fueran cuales fueran sus circunstancias. Daba igual la altura, el peso, el tono muscular o la puntería. Cualquier persona que se mantuviera constantemente en forma y no estuviera participando activamente en la guerra era aceptada. A pesar de que no granjeaba ningún tipo de privilegio y de que se expulsaban miembros con regularidad mediante revisiones aleatorias, el número de miembros acreditados de la Tropa seguía creciendo cada día en todos los niveles de Futura, y el número de simpatizantes era imposible de calcular.

Leonard dejó que las ovaciones se apagaran por sí solas.

- Drake vendrá – dijo, con una convicción abrumadora – y yo estaré preparado. ¿Cuántos podéis decir lo mismo? Levantaos y hablad.

Mientras aquellos de los presentes que eran miembros de la Tropa pedían la palabra a gritos para dar pequeñas charlas de motivación y los voluntarios repartían panfletos entre la multitud, Kevin Leonard miraba a su congregación con un imperturbable gesto de severidad, pero aun así sintiendo en su interior una satisfacción eufórica que sólo conseguía los Jueves por la tarde, en aquella carpa.

Y Noah Procter le observaba, meditabundo, desde un discreto extremo de la sala, junto al

escenario.

\*\*\*\*\*

El edificio de la Tropa era una sencilla construcción blanca de ocho pisos en la superficie de Futura, de espaldas al templo y de frente al campo de entrenamiento, aún más grande, en el que unos doscientos fieles corrían en círculos desde hacía al menos quince minutos. Kevin les observaba de reojo desde su despacho mientras se secaba el sudor del cuello con una toalla blanca. Llevaba un vaporoso pantalón del mismo color, y una camiseta también blanca de cuello muy amplio. Se había recogido la melena en una cola de caballo. Se miró con aprobación en el espejo que tenía en una de las paredes.

Sí. Parecía un salvador. Bien.

Pulsó un botón en el comunicador de la mesa, y pidió a su secretario que hiciera pasar al General Procter. El sermón se había alargado algo más de lo previsto, y las doscientas flexiones que acababa de hacer, como cada día antes de cenar, eran inexcusables, de modo que su cita con el general llevaba ya veinte minutos de retraso.

Noah Procter entró en la sala vestido con ropas sencillas de civil. Llevaba unos tejanos negros y un delgado jersey color vino, además de un peinado informal y una cazadora colgada del brazo.

- Noah – saludó. Se estrecharon la mano – Me alegro de verte. Sobre todo sin tu uniforme.
- Hola, Kevin – el general le miró de arriba abajo - ¿O debería decir su excelencia? - añadió en tono burlón.
- No, yo también voy de paisano – mintió Leonard – Es ropa cómoda, eso es todo. ¿Qué tal estás? Hacía tiempo que no venías a verme.
- He estado ocupado. El Camino está muy transitado últimamente, y, con el Presidente enfermo, hay mucho politiquero que hacer.

Se sentaron en la mesa del despacho. Kevin pudo notar cierto desagrado en el rostro de Noah al sentarse en una de las butacas de invitados, al lado opuesto de la mesa. El Pastor sólo tenía veinte años, y probablemente el general no estaba acostumbrado a que los modales le obligaran a sentarse en una posición inferior a la de alguien más joven o de menos importancia en la ciudad. Kevin trató de esbozar su sonrisa más distendida.

- El Presidente... ¿cómo está? - preguntó.
- Esta es una conversación extraoficial, lo sabes, ¿verdad?

Leonard asintió gravemente.

- Fui a visitarle ayer. Está en las últimas, Kevin. Los doctores dicen que el Génesis se lo habrá llevado en una semana, quizá dos. Han descartado que vuelva a despertar.
- Llevo escuchando que le queda una semana de mis contactos desde hace un mes – dijo Leonard con una sonrisa – Ese viejo cabrón es más duro que el Camino. Aguantará.

Procter suspiró hondamente.

- Cumplirá veintiséis años en Junio – dijo - Es un milagro que haya vivido tanto. Y aunque volviera a despertar, va a morir pronto, Kevin. Es hora de aceptarlo.

El Pastor dejó de sonreír y asintió despacio, mirando a los ojos a su interlocutor.

- Todo el mundo muere – dijo – A diario, aquí arriba y allí abajo. Y todos demasiado pronto.
- Sí – dijo Noah simplemente.

El silencio fue expresivo. Procter no había venido a debatir la importancia de una vida respecto de otra.

- Será complicado. No hay un sustituto claro – continuó el propio Leonard – El Presidente era un héroe de guerra, un ídolo de masas y un partidario de la conservación y la defensa activa. Quería convertir Futura en lo que es hoy cuando casi todo el mundo pensaba que eso era lo mejor.
- Era perfecto. Y lo hizo bien.
- Pero ahora las posiciones no están tan claras. Hay muchos partidarios de la guerra abierta.
- De la guerra abierta, del progreso industrial, del nomadismo, del suicidio colectivo y hasta de la convivencia pacífica con los Extraños – dijo Noah – Futura es un maldito hervidero en el que todo el mundo parece saber qué se debe hacer, pero no hay dos opiniones iguales.
- ¿Cuál es la tuya, Noah? - preguntó el Pastor directamente.

Procter se recostó en la butaca con otro hondo suspiro, y paseó la mano derecha por el pelo y

la mirada por la sala antes de contestar.

- Continuar con la defensa activa – dijo al fin – Con un proyecto integral de protección podríamos fortificar el resto de Futura, disminuir la dotación del ejército y olvidarnos de la posibilidad de que esos bichos aprendan a hacer naves ligeras y crucen la grieta sin necesitar pasar por el Camino. Las patrullas en los alrededores de la ciudad son un sumidero de recursos. Las células de energía de los tanques, la comida del personal, el mantenimiento de todos los equipos móviles... Te aseguro que la Atalaya, con todos sus cañones y su personal, consume la mitad de recursos peleando contra los Extraños de los que consume el resto de la ciudad, porque, por miedo, protegemos zonas en las que no se ha disparado ni una vez en años. La producción de Futura crece muy despacio, y las necesidades muy deprisa. Haría falta racionar aún más el agua y la comida entre la población durante un tiempo para tener el poder humano de levantar todos esos kilómetros de muros, y la gente se exaltaría, pero...
- Estás hablando de un estado de emergencia.
- Sí. Durante unos años – matizó Procter – A la larga, ahorraríamos una cantidad de nuestra producción muy importante, que destinaríamos a desarrollo, principalmente los proyectos de cura del Génesis.
- ¿Sigues creyendo que es posible curarlo?

Procter asintió con energía.

- Sí – dijo rotundamente - No soy científico, pero sé algunas cosas. Como que no existe ningún ser inmortal, Génesis incluido. Sólo hay que encontrar la forma de matarlo. Por otro lado, los Extraños, aunque tienen un ADN mucho más complejo que el nuestro, también son formas de vida basadas en el carbono y el agua, y de algún modo son inmunes. El Génesis se puede curar o prevenir. Es cuestión de tiempo. Ya curamos el sida en su día.
- ¿Y cómo va realmente la investigación? - inquirió el Pastor, recostándose en su amplio sillón.
- Eso es alto secreto.
- Es una conversación extraoficial.
- Tú sigues siendo un civil.
- Ambos sabemos lo que has venido a pedirme, Noah – soltó Leonard – No lo haré sin conocer todos los datos.

El Pastor notó cómo la fría mirada de Procter le evaluaba.

- Va mal – dijo al fin el general – Sencillamente Futura no está preparada para entender el Génesis. Faltan recursos, tanto humanos como de equipamiento. El Doctor Kingston ni siquiera sabe exactamente si estamos luchando contra un virus tremendamente complejo o contra una bacteria, o contra un tipo de agente que la humanidad aún no conoce. La investigación ni siquiera está centrada en destruirlo, sino en encontrar una forma de tratamiento genético que logre retrasar o anular la apoptosis.

Leonard asintió con gesto grave, pasándose la mano por el mentón.

- Kingston intenta desviar una bala en vez de impedir el disparo – dijo.
- Sabe que no puede entender el arma – respondió Noah – Necesitamos concentrar nuestros recursos en la ciencia. Cuando hayamos curado el Génesis, será cuestión de tiempo y esfuerzo expulsar a esos malnacidos de nuestro planeta. Pero si intentamos expulsarlos ahora, antes de que nos demos cuenta la esperanza de vida será menor que la edad necesaria para tirar de un gatillo. Y entonces todo estará perdido.

El Pastor de la Tropa caviló unos segundos. Desde luego, curar el Génesis era la prioridad principal, y en eso estaban de acuerdo casi todas las corrientes de pensamiento de Futura. Sin embargo, generalmente el aumento de recursos se asociaba con la política de reconquista, no con la de defensa activa. El planteamiento de que la estabilidad militar de la ciudad podía mantenerse construyendo los muros y con aún menos efectivos, disminuyendo así a medio plazo los enormes gastos que se hacían en defensa y centrarlos de nuevo en investigación, no era nuevo para Leonard, pero escuchar al propio General corroborando que era plausible le hacía tomárselo aún más en serio.

- ¿Es eso lo que defenderás en las elecciones? - preguntó a Noah.
- Sí. Buscaré un candidato que se comprometa a ello, y el ejército le apoyará.
- Es razonable – dijo Leonard con prudencia.
- Y, como ya has deducido, quiero que tú hagas lo mismo.

Kevin Leonard suspiró.

- Noah, la Tropa no interviene. La Tropa espera.
- En las elecciones anteriores, la Tropa apoyó al Presidente.
- Todo el mundo apoyó al Presidente – dijo Leonard, envarado - Todo el mundo sabía que iba a ser elegido, y todo el mundo quería su favor. Gracias a eso tenemos estas instalaciones, y aun así

no puedo decir que me sienta orgulloso.

- Pero el caso es que no es descabellado que la Tropa apoye a uno u otro candidato, si eso le beneficia.
- Si eso beneficia a nuestra labor – matizó Leonard.
- Una cuestión semántica.
- Estoy a punto de echarte de mi despacho, Noah.
- Vale, vale – el general hizo un gesto defensivo con las manos – Todo esto es por mi hermano Alex.
- ¿El Lobo?
- Sí. Lleva unos días deambulando por la ciudad, ganándose el favor de la gente y esperando a que el Presidente muera. Va a participar en las elecciones.
- ¿La Hermandad, pringada en política? - inquirió Leonard, con una voz a medio camino entre el escándalo y la burla.
- ¿Por qué no? Tiene mucho apoyo por parte de la gente, y un plan que convencerá a muchos. Se meterá en la cama con cualquier candidato que le prometa la mitad de la dotación de la Atalaya para ir a las Tierras Altas.
- Ese jodido niño está loco.
- Quizá, pero te aseguro que sabe lo que hace – respondió Noah – Le conozco muy bien. Si alguien puede conquistar el Nido y todo lo que lo rodea con menos de diez mil hombres, ese es Alex.
- Pero, ¿y la Atalaya?

Noah negó con la cabeza y se recostó aún más en la silla. Tenía aspecto de estar realmente cansado.

- El Camino es un cuello de botella, la defensa perfecta. Tal vez podamos defender la Atalaya durante unos meses con la mitad de hombres si se suprimen las patrullas periféricas, pero no estoy dispuesto ni a asegurarlo ni a asumir ese riesgo. Y Alex intenta forzarme a ello.
- Es absurdo – continuó Leonard – Aunque estuvieras dispuesto a intentarlo, Wolf no podría mantener las Tierras Altas a salvo con tan poco personal.
- Ahí entras tú – contestó Noah – Su plan es expulsar al enemigo de ciertos puntos estratégicos, dejar las defensas allí y volver a Futura para recoger su medalla de héroe, de conquistador y de heraldo de la esperanza.

Kevin Leonard entendió lo que el general trataba de decirle.

- La gente creerá que es Drake – dijo.
- Eso pretende – asintió Noah – Te pondrá en una situación delicada. Probablemente se asegurará de entrar en la Atalaya con su perrito faldero de rastas a su izquierda, otro de sus chicos a la derecha y la cabeza de un Extraño entre la manos. El rumor de que el Lobo Procter es Drake correrá como la pólvora, y tendrás que tomar una decisión.
- Admitir que es Drake y entregarle a Esperanza, o negarlo ante un millón y medio de personas que estarán deseando creerlo.
- Exacto – asintió Noah – Tú vives aquí arriba, cómodo y caliente. Si aparece un Drake y lo niegas, los del tercer sótano te crucificarán, y tu labor se verá perjudicada. Los fieles empezarán a abandonar la Tropa a miles.
- Estás dando por hecho que Wolf no es Drake – interrumpió el Pastor.
- Así es. Él no va a cumplir la quinta profecía, va a provocarla.

Leonard se permitió una risita breve.

- Hablas como si creyeras en Drake – dijo.
- Soy un escéptico. Dudo mucho que vaya a venir un salvador a guiarnos hacia la victoria, a menos que ese salvador sea un científico. Pero soy consciente de que, si hubiera nacido hace doscientos años, no hubiera creído en los extraterrestres.
- Touché – concedió Leonard – Pero mi problema sigue siendo el mismo. Creo que la profecía se cumplirá, hagan lo que hagan el Lobo, el Presidente, tú o yo mismo. Tal vez tu hermano sea Drake.
- Entonces crees que la profecía se cumplirá, aunque me apoyes simplemente para no verte en una situación comprometida – observó Noah – Kevin, como autoridad máxima del ejército, tengo el apoyo de los partidarios de la defensa activa, pero cada vez son menos. Alex tiene mucho apoyo en la población, pero estoy seguro de que tú tienes una buena cantidad de votos indecisos, además del voto de toda la Tropa y una enorme cantidad de fieles. Juntos podemos evitar que Alex haga una estupidez que pondría a Futura en peligro y a la Tropa, potencialmente, en entredicho. Si crees que la profecía se cumplirá de una forma u otra, y efectivamente Alex es Drake, aparecerá con el honor, la venganza y la esperanza de todas formas, algún día. Pero si no lo es... está jugando con el futuro de toda la humanidad.

Kevin Leonard se rascó la nuca, y giró su sillón para mirar por la ventana. El grupo de fieles seguía corriendo, incansable, alrededor del patio de entrenamiento. Apoyó los codos en los

reposabrazos del sillón y cruzó todos los dedos frente a la cara. El cielo ya era naranja tras la accidentada línea del horizonte, y las sombras empezaban a alargarse. Reprimió un escalofrío repentino.

- Haremos esto – dijo, sin mirar al general – Hablaré con tu hermano. Si es tan irracional como tratas de hacerle parecer, te apoyaré. Pero en ese caso, elegiremos el candidato al que apoyaremos a medias. Deberemos estar los dos de acuerdo.
- Bien – dijo Noah Procter a su espalda.
- Y si tienes pensado buscar el apoyo de algún grupo más, deberás contar con mi aprobación.
- Me parece bien.

Kevin Leonard giró de nuevo, con un suspiro, el sillón, para quedar frente al general.

- Esto no me gusta, Noah. No me gusta nada – dijo – La humanidad era un bloque sólido en las últimas elecciones. Toda una raza unida por el bien común. Ahora me convences de la importancia de que juegue a los juegos de poder incluso antes de que el Presidente muera. Tengo un mal presentimiento.
- Yo lo tengo desde hace años, Kevin – respondió Procter – Le hemos dado estabilidad a la gente. Una estabilidad incómoda, pero estabilidad al fin y al cabo. E irónicamente, con eso hemos conseguido destruir la poca unidad que quedaba cuando la humanidad estaba hundida en un pozo de mierda.
- No puedes culpar de eso a tu hermano – dijo el Pastor.
- No. Es culpa de todos. Es la naturaleza humana. Pero eso no lo hace menos patético, ¿no? - la mirada de Noah Procter se perdió en el atardecer, detrás del sillón de Leonard – Los Extraños siguen ahí fuera, deseando matarnos, pero nos hemos acostumbrado a ellos, así que nos volvemos unos contra otros.

Leonard giró un poco para mirar también el atardecer.

- Drake vendrá – dijo, tras una larga pausa.
- Genial – contestó Noah – Si viene pronto, dile que me mande su programa electoral.